

La Lectura Popular

PUBLICACION QUINCENAL DEDICADA A LAS CLASES TRABAJADORAS

Pobres y ricos

Erased un matrimonio más pobre que las ratas y más viejo que el andar á pie. El marido se llamaba el tío Juan y la mujer la tía Juana.

El pobre tío Juan, sobrado de años y falto de fuerzas, se tendió un día en la cama para no levantarse más y la pobre tía Juana falta del único apoyo que le quedaba en la tierra, se dobló también como una caña rota y se marchó á la eternidad.

Juntos habían vivido y sufrido como cristianos y juntos despues de algunos mesecillos de purgatorio comparecieron ante el tribunal de Dios, donde salieron absueltos y con la boleta de alojamiento para entrar en el reino de los cielos; ¡si estarían contentos!



Apoyados el uno en el otro subía la feliz pareja todo lo aprisa que le permitían sus piernas antidiluvianas. Ambos esposos iban embebidos en risueños pensamientos, cuando he aquí que la mujer fué la primera que rompió el silencio.

—¡Juanico! dijo la tía Juana.

—¡Juanica; contestó el tío Juan.

—¿Pero has visto hombre qué bien nos ha recibido Dios? ¡quién había de pensar que á unos pobrestan miserables y con los zapatos rotos, se les había de hacer tanto agasajo?

—Ya lo ves hija; en el cielo las cosas van de otra manera.

—Y los ángeles, Juan, ¡qué gente tan fina! ¡como nos saludaban!

—Y la Virgen, mujer, ¿viste como nos sonreía?

—Vamos esta claro que aquí no pa-

sa lo que en la tierra. ¡Ay! si nos hubiese visto por un agujero aquel richon que tanto nos despreciaba por allá abajo; aquel D. Pedro Ponce de la Panza que....

—Juana ¡por Dios! no vayas á echarlo á perder á última hora.

—Hombre, esto no es murmurar.

—Pero es que á tí te se va pronto la lengua.—Aun me acuerdo cuando preguntabas ¿qué le habíamos hecho nosotros á Dios para que no enviase penas y trabajos mientras al rico le daba palacios y dineros; y hablabas tu y me hacías hablar á mí y....

—Vaya, no nos acordemos de esas tonterías, que bien caras hemos tenido que pagarlas en el purgatorio: más ahora gracias á Dios, tendremos ocasion de gozar aquí de felicidad completa.

—Y veremos á cada cual en el lugar que se merece; pero.... calla, me parece que ya diviso las torres de la gloria

En efecto, las doradas cúpulas de los palacios celestiales, se divisaban ya á lo lejos.

El vientecillo que soplaba del paraíso, les daba en el rostro á los vejetes y hacía saltar su corazón de alegría.

Poco despues empezó á distinguirse la puerta del emíreo y á oírse una música encantadora.

Los viajeros á apretaron el paso.

En aquel momento cruzó por encima de sus cabezas un ángel hermosísimo que llevaba en la mano un pergamino sellado.

—Juana, este debe ser un mensajero celestial.

—Y sospecho, añadió Juana, que el pergamino es el telegrama en que se avisa nuestra llegada.

Antes que concluyeran de hablar ya estaba el ángel á la puerta del cielo dando golpes con el aldabon.

—¡Allá voy! gritó S. Pedro abriendo enseguida.

El recién llegado entró, más no bien estuvo dentro cuando el Santo portero abriendo enseguida las puertas del cielo de par en par y colgándose al cordel de la campana gorda, empezó á voltearla con toda su fuerza.

¡Dolondon! ¡dolondon! ¡dolondon!



Inmediatamente, una multitud de santos y santas acudieron presurosos al vestibulo, hablaron un momento con el ángel y llenos de júbilo volvieron á entrar para tornar enseguida vestidos de gala.

Unos aparecían llevando en sus manos preciosas guirnaldas de flores; otros hermosas banderas; otros levantaban á toda prisa arcos de triunfo á la entrada del paraíso. La animacion y el entusiasmo cundían por todas partes.

Terminados los preparativos, los habitantes del cielo se formaron en cortejo y empezaron á salir de dos en dos.

Era evidente para los ancianos esposos que en el cielo se preparaba una gran fiesta y que esperaban la llegada de algun personaje. Pero ¿quien sería este?

Ni el tío Juan ni la tía Juana osaban comunicarse sus pensamientos, pero se miraban de reojo y en sus rostros se traslucía una satisfaccion interior que no podían disimular.

—Chica, si no me engaño, dijo por último el tío Juan, la comitiva se dirige hacia nosotros.

—No me cabe duda, respondió la tía Juana, porque el ángel nos señala con el dedo y á señas nos da la bienvenida. Saluda hombre, saluda aunque sea con la mano si es que llevas el sombrero roto.

El tío Juan hizo una reverencia.



—Más hombre, más, más.

—Mujer, por Dios, que voy á caer de boca.

—¡Ay! si nos viese ahora aquel richon de D. Pedro Panza que tanto nos despreciaba y....

—¡Juana por Dios!..

—Esto no es murmurar hombre. Pero... calla que ya llega la comitiva.

—Buenos dias amigos, dijo S. Pedro llegando en aquel momento donde estaban los esposos. ¿Venis á nuestra casa? ya lo veo. Bien hijos, bien, bien. Aunque no me han avisado no importa: ya teneis vuestros sitios preparados y por cierto que son magníficos. Ya lo vereis. Pero ahora no tenemos tiempo que perder: vamos al encuentro de un rico del que Dios nos ha anunciado la llegada y es preciso recibirle con toda solemnidad. ¡Á Dios, á Dios! Y diciendo esto continuó su camino.

El tío Juan y la tía Juana se quedaron con la boca abierta.

Pero aun la abrieron mucho más cuando á poco se vieron venir caballero en una magnífica mula al rico á quien se esperaba y que no era otro que el señor D. Pedro Ponce de la Panza que rodeado de ángeles y con la cara más satisfechota del mundo, venia haciendo saludos á derecha é izquierda.

—Pero chico; ¿esto que es? preguntó la tía Juana poniéndose muy seria.

—Juanica, ¡por Dios! no vayas á echarlo ahora á perder.

—No seas pesado, hombre; esto no es murmurar: es únicamente decirte á tí, que ya ves como estabas equivocado; que hasta en el cielo se distingue á los ricos y que...

—Pues mira, cuando Dios lo hace bien hecho está.

—Claro es que está bien hecho pero yo no lo entiendo.

—Ni yo tampoco.

—¿Y qué es lo que no entienden ustedes? preguntó detrás de ellos una voz salida de la boca de un Santo teólogo que hacia rato estaba oyendo la conversacion.

—Pues... lo que no entendemos es ¿por qué en el cielo se distingue tanto á los ricos?

—Muy sencillo. Porque los ricos no entran en él más que de uvas á peras mientras que los pobres están entrando todos los dias; ¿quisiérais vosotros estar en su pellejo?

Los viejos se quedaron mirándose.

—Vosotros hijos míos, añadió el Santo, ¿no habeis leído el evangelio? ¿No habeis visto aquello que cuenta nuestro Señor de aquel Padre de familia que mandaba matar el mejor cordero de su ganado porque volvía un hijo que tenia perdido?

—Si, señor.

—Pues bien ese hijo perdido es hoy este rico que de milagro entra en la gloria. Justo es tocar las campanas pues los milagros no se hacen todos los dias.

—Pero vamos padre capellan, dijo la tía Juana, con muchos miramientos. Con el permiso de usted voy hacerle una pregunta: ¿no nos decian ustedes por allá abajo que no debiamos desear riquezas porque á los ricos les era tan difícil entrar en el cielo como á un camello pasar por el ojo de una aguja?

—Si hijos míos; y os deciamos la verdad; porque ser buen rico es mucho más difícil que ser buen pobre; del mismo modo que es más difícil subir una cuesta cargado con un fardo que subirla en mangas de camisa. Mas por lo mismo; no es razon aplaudir al que cargado llegó arriba?

—Es verdad; dijo la tía Juana.

Y continuó el Santo Viejo.

—Harto trabajo tiene los ricos á quien Dios mandó subir cargados y llevar cuidado de no caer. Ni hay porque envidiarles mientras suben, ni porque dejar de aplaudirles si llegan arriba, ni porque extrañar que sean tan pocos los que llegan, y que se aconseje á los pobres que suben, que no deseen cargar con fardos que Dios no les dá sin duda porque no tienen hombros.

Quando el Santo acabó de hablar, los viejos volvieron á mirarse, pero su mirada fué muy distinta. Habian comprendido en aquel momento iluminados por la luz de los cielos, la razon de ser de la riqueza y de la pobreza; las diferencias de las virtudes y las fuerzas humanas; la razon por que Dios manda que nadie ambicione los bienes ajenos y que cada cual se contente con los suyos. Y, en fin, el mérito que tiene aquel que usando bien de sus riquezas y viviendo pobre de espíritu en medio

de ellas, sabe darles el destino para que Dios las crió, que es para contribuir á su salvacion y la de los demás.

Fué tanta la alegria que entró al tío Juan y á la tía Juana al saber todas estas cosas y contemplar la sabiduria y bondad que resplandece en todas las obras de la Divina Providencia, que para espresarla no pudieron menos de irse derechos al Sr. D. Pedro Ponce de la Panza y darle ambos un estrecho abrazo; y aun el tío Juan le añadió por su cuenta un beso en la punta de la nariz.

Despues de lo cual, juntitos todos en amor y compañía; entraron cantando ¡hosana! en las mansiones de la Patria Celestial.

Y cuento colorado por la chimenea se fué al terrado.

A. C. y G.

EN LETRAS DE ORO

De este modo debia publicarse la siguiente carta que hace pocos dias ha dirigido á «La Semana Católica» de Valencia, un ex-libre pensador llamado D. Julio Miguel Ventura, persona á quien no conocemos pero que revela un talento nada vulgar.

Dice así este documento digno de leerse.

“AMIGOS Y COMPAÑEROS: Con trémula mano, pero con la conciencia tranquila, vuelvo á tomar la pluma, no para disparatar (que otra cosa no he hecho) sino para que oigais y os fijeis bien en lo que voy á deciros:

Ego sum: Yo soy aquel que tantas veces os he dicho en público y en privado, que la existencia de Dios era dudosa, y tan dudosa, que la ciencia no la reconocia.

Ego sum: quien usando de Maquivelismo, os presentaba á los sacerdotes católicos como fieras del desierto, personas sin corazon é informados únicamente en el egoismo del dominio de las conciencias para explotar el mundo á su antojo.

Ego sum: quien en España y fuera de ella, me constituí en defensor de la libertad del pensamiento y de la conciencia. ¿Cuándo éste por ventura ha sido aherrojado por nadie? ¿Cuándo aquella ha sido dominada? Oidme bien y lo sabreis:

Algunos de vosotros me habeis conocido en una posicion social desahogada, adorado por una esposa encantadora y querido de mis hijos en quienes idolatraba; creia en mi soberbia ser omnipotente; presumia ser un sabio porque os traducía á mi antojo algun pasaje de la Biblia; esta era toda mi sabiduria, nada; llegó un dia en que el Señor de todo lo criado, se cansó de mi necio orgullo, y quiso abatirlo; ¿sabeis cómo? pues lo consiguió reduciéndome á la miseria más espantosa, arreba-



tándome la esposa y los hijos, é inculcando en el pensamiento de mis amigos el desprecio á mi persona.

¿Y por qué? ¿No soy acaso el mismo?

¿No soy yo el que entre vosotros era llamado *Fili Dei*, y el que en medio de la orgía y de la crápula adorábais? ¿Porque desapareció mi fortuna me despreciáis? ¡Ah! condicion de miserables criaturas. Hechas en mi estas ó semejantes reflexiones, me propuse desaparecer de la sociedad, y quitarme una vida que me era odiosa, la cual no era digno tener. Mas cuando mi diestra empuñaba el arma homicida para efectuar tan fatal resolución, ese mismo pensamiento libre me dijo que tenía un alma y que de ella tenía que dar estrecha cuenta al Supremo Criador. Sin saber cómo entré ni quién me condujo, me encu entro dentro de templo de los católicos, precisamente en el día en que se conmemoraba la Dedicación de la Santa Iglesia Basílica en honor de Nuestra Señora en su Asunción á los Cielos. Me hallaba frente á la Sagrada Cátedra, y el Sacerdote que la ocupaba no era posible que entre los muchos fieles que allí había me distinguiese, y aunque esto hubiera sido, no era posible me conociese por lo que hacía que no frecuentaba los templos católicos, pues si alguna vez visitaba alguno, era para mofarme de lo que allí se verificaba. Pues bien, en un arranque del orador sagrado, por las glorias de María, dijo: *et que no esté puro, que salga de este lugar sagrado.*

Entonces yo, avergonzado, creyendo directa la alusión, salí á la calle; vértigo horrible se apoderó de mí ánimo; no me atrevía á levantar la cabeza ante mis semejantes. ¿Y esto por qué? Porque la conciencia me acusaba que había obrado mal. ¿Y quién impulsaba á mi conciencia? El Supremo Hacedor, que cansado de mi impiedad, no quería que con mi presencia profanase su santa casa. ¿Quién me obligaba? ¿Quién torcía mi voluntad siempre indomable? ¿De dónde procedía aquella mano misteriosa é invisible? Algunos habeis sido compañeros durante la pasada guerra civil, me habeis visto impertérrito ante el plomo enemigo; no habeis dudado de mi valor personal, puesto que consta acreditado. ¿Por qué pues, temblaba como un azogado al oír las palabras de un Sacerdote, que ni siquiera notó mi presencia en el templo? La conciencia me decía qué había pecado y mi infortunio y mi desesperación es el castigo de mi impiedad.

Veintitres años he vivido en el error de que el hombre lo puede todo y que no existía Dios. Pero nó; sabeis muy bien, amigos, que Dios existe: en el fondo de nuestros corazones lo tenemos escrito; no dudamos de su infinita sabiduría, y sin embargo bisonamos de lo contrario.

Me retracto y abjuro solemnemente de toda idea que proferida por mí, tienda á hacer dudar de la existencia de Dios Todopoderoso, y creo y confieso todos los dogmas que nuestra Santa Madre Iglesia Católica nos enseña. Pido humildemente perdón á cuantos me hayan oído propagar doctrinas heréticas, por los fa-

tales resultados que produce una falsa doctrina.

Ruego á Dios nuestro Señor, que así como se ha dignado iluminar mi pensamiento en un momento dado, así también os conceda la gracia que necesitáis para abjurar de las falsas creencias que abrigáis, y que disfruteis, como gracias al Señor yo disfruto, de una tranquilidad, cuál solo conocen los que obran bien.

Sé que al llegar estos mal trazados renglones á vuestras manos, me insultareis y despreciareis, y acaso alguno habrá que emplee hasta la calumnia como arma para combatir-me; pero no importa, resuelto estoy á sufrirlo todo con una santa resignación cristiana.

Y para que sirva de ejemplo á algunos incautos que todavía siguen descarriados, hago esta retractación pública, dispuesto á repetirla en todos los sitios y lugares que sea necesario.

Ad maiorem gloriam Dei

JULIO MIGUEL VENTURA (*Ex Fili Dei.*)
Valencia 15 de Octubre de 1891.

Notable es el anterior documento y á cualquiera por empedernido que esté le hará reflexionar. Pere aun reflexionará más si después de haber leído la confesión que precede lee enseguida esta

OTRA CONFESION

Esta ha llegado á nuestras noticias por una carta que se nos ha dirigido desde Gerona y que conservamos en nuestro poder.

Dice así:

Sr. Director de "La Lectura Popular."

Muy Sr. mío: voy á referir á Usted un hecho ocurrido en una casa de campo de esta provincia, que de publicarlo, pudiera Usted muy bien titular de este modo. *La Confesion de un ateo.* Se trata de un campesino hombre sano y fornido de cuerpo, pero de alma negra y corrompida, que había pasado su vida blasfemando y negando hasta la existencia de Dios. Un día corriendo tras de una yegua clavose una caña en un tobillo y aunque al pronto la herida no parece que debia ser grave, lo fué y tanto, que pronto, atacado de un horrible tétanos, se encontró á las puertas de la muerte. El aspecto que ofrecia era horroroso: las mandíbulas estaban encajadas, los nervios contraídos. En tal estado, la familia se decidió á llamar al párroco, que por vivir lejos, al tiempo que venia á confesar al enfermo se trajo al Santo Viático.

Colocado este en lugar decente, pasó el Sacerdote á la alcoba del herido, que al verle, no solo se negó á confesarse, si no que desatándose en improperios, lo despidió con cajas destempladas, llegando en su furor hasta escupirle al par que lanzaba contra Dios las más horribles blasfemias. En vano fué presentarle un crucifijo y recordarle la Divina Misericordia que perdona los más grandes

pecados; para aquel impio no bastaban reflexiones. Algunas otras personas intentaron también convencerle hablándole de Dios, pero fué tal el furor que le entró al oírles, que hubo necesidad de atarle de pies y manos para que no se destrozase.

El Cura se marchó por último llevándose el Cuerpo de Jesucristo arrojado de aquella casa ignominiosamente.

Los circunstantes, horrorizados, contemplaban á aquel desdichado á quien faltaban pocos instantes para comparecer ante el tribunal del Dios en quien no creía.

De repente invádele un horrible ataque, se retuerce en espantosas convulsiones que hacen subir sus rodillas hasta la barba y dando una voz exclama "Hasta ahora no había querido creer que hubiese Dios, pero veo ser demasiado cierto que le hay."

Y sin hablar palabra más espiró poco después.

¡Que lección para los que se empeñan durante la vida en cerrar sus ojos á la luz de la verdad! Llega la muerte y los que no quisieron buscar á Dios por el camino de la misericordia, se lo encuentran por el de la justicia ¡Terrible encuentro!

VARIETADES

LA MARIPOSA

Buscando la luz, sencilla
Penetró en mi habitación
Por entreabierto balcon
Nocturna mariposilla.

Mal debió tender el vuelo,
Cuando triste y lastimada
Agitaba, porfiada,
Sus alitas contra el suelo.

Al ver que tanto sufría
Sin poder el vuelo alzar
Y que era su afán llegar
A la luz do moriría,

Levantéme; la cogí;
Por el balcon la arrojé;
Y le dije: «márchate,
»No quiero muertas aquí.

»Que tras de esta oscuridad
»Vendrá risueña la aurora;
»Y por los campos de Flora
»Volarás con libertad.»

Batió sus alas donosas;
Y exclamé de esta manera:
¿Qué es la humanidad entera?
¿Qué hemos de ser?... mariposas.

Vamos tras de una ilusión;
Y si el dolor nos derriba,
Agitemos hacia arriba
Las alas de la oración.

Que el Dios de todo consuelo
Vendrá á elevarnos, propicio,
Desde el abismo del vicio
A las regiones del cielo.

Que á la noche sigue el día,
A la tempestad la calma,
Y en pos de muerte sombría
Vendrá la vida del alma.

Cual la mariposa tierna
La aurora busca, busquemos
Que tras la tumba hallaremos
La aurora feliz y eterna.

P. Salvador Calvo.

Dos retratos

Todos los periódicos han copiado de la revista titulada „S. Juan de la Cruz,“ un curioso diálogo entre D. Juan Prim y un fraile exclaustro condiscípulo y amigo suyo de la niñez, ocurrido allá cuando el general volvía de África coronado de laureles y estaba á punto de ser el *tu autem Dómine* de la España revolucionaria.

El fraile, que se llamaba el P. Pedro y era un hombre humilde, pero de ideas firmes, no había querido nunca partir peras con su amigo, á pesar de que este le brindaba con altos puestos. Las doctrinas liberales de Prim le hacían daño y no quería ni aun hablar con él por no echárselas en cara.

Mas es el caso que al pasar por Valencia, Prim se alojó en una casa, á donde el fraile iba á dar lección á unos niños, y sabiendo que no quería verle, salió un día á la escalera y lo agarró del brazo.

—Ahora no te escaparás *Noy* le dijo en catalán; dándole un abrazo.

Saludáronse entonces ambos con gran franqueza y dijo el general.

—¿Por qué no querías subir?

—Porque tus ideas son contrarias á las mías.

—Pedro, qué.....¿dudas de mí? Pues lo mismo soy ahora que cuando pequeño.

—Entonces, por qué dijiste en las Cortes de 1854 que tan pura era María como Cristina? Créeme: he llegado á aborrecerte, y por esto no quería saludarte.

—Pues mira, Pedro, no creas nada de lo que yo diga en las Cortes, porque todo es al revés; y además, como nos lo hacen decir, no podemos hacer otra cosa, Mira (y sacó el escapulario de la Virgen de la Misericordia de Reus.)

Ella es la que me ha guardado durante toda la guerra y me ha dado fuerza y valor; ya sabes que tiene un manto de entorchados mio y otro que le regalé, y ahora verás á mi esposa é hijos que vienen de misa del Colegio del Patriarca; porque aunque llueva, no les permito quedarse sin misa. ¿Cómo lo pasas?

—Trabajando.

—Pues ya sabes que estoy en el candelero escoge de España lo que quieras; y concedido.

—Gracias, prefiero ser sacristán y tocar el órgano en una aldea..

¿Verdad, queridos lectores que aquí se retratan admirablemente dos tipos muy conocidos? El de aquellos hombres que no transigen nunca con el error aunque les cueste la vida y el de los hombres que venden la verdad aunque sea por treinta perros chicos?

Y yo pregunto: ¿cuales son los llamados á salvar al pueblo? ¿En quienes se puede confiar?

Entre liberales

A consecuencia de haber acusado algunos periódicos liberales al ministro de Marina Sr. Beranger de haber derrochado no se cuantos millones sin provecho para el país, este señor en vez de sincerarse de la acusación, ha desafiado al periodista Sr. Suarez de Figueora y segun es público y notorio se ha batido con él á tiro limpio á las mismas puertas de Madrid en las narices del Excmo. Sr. Presidente del Consejo de Ministros y en las barbas de todos los tribunales de la nacion.

Cierto que hay una ley que castiga tales delitos; pero entre liberales ¿qué importan las leyes?

Cierto que la Iglesia tiene formulada excomunion contra los que se batan en duelo; pero entre liberales que importan las excomuniones?

Cierto que la civilizacion repugna, el que un hombre descienda de su categoría de ser racional á la de bestia, para matar ó morir á lo perro; pero entre liberales ¿qué importa la civilizacion?

Cierto que la justicia reclama castigar al rico como al pobre cuando cometen tales delitos y que así como al infeliz que riñe con otro se le aplica la ley, lo mismo debia hacerse con los magnates aunque estos fuesen ex-ministros de marina y ostentasen triangulos masónicos; pero entre liberales ¿qué importa la justicia?

Y luego nos llaman fanáticos porque decimos las cosas como son.

¡Adelante! Poco á poco se irá haciendo la luz y se verá si tenemos razon al repetir con Su Santidad Leon XIII que los liberales son imitadores de *Lucifer*.

Suma y sigue

Escrito lo que antecede, leemos en varios periódicos, que ya se han realizado otros dos nuevos desafios, y que de uno de ellos han salido ambos contendientes con la cabeza rota.

Está visto; á los liberales hay que retratarles ya con taparrabo.

Pues oigan Vds. ahora lo que propone *La Epoca* en vista de las circunstancias. Que se funde una sala de armas, á fin de que los militares aprendan á manejar la espada con más perfección para cuando tengan que desafiarse.

Y aun hay católicos que leen estos inmundos periódicos y los sostienen con su dinero.

¡Parece mentíral

¡La política!

La política no debe ser un medio para medrar los más osados, ó el arte de hacer elecciones vejando y oprimiendo á los contrarios en ideas, máxime si son pobres ó inofensivos; sino, la manera de administrar bien, con economía, rectitud y equidad.

La forma de gobierno importa poco, si los que gobiernan son honrados. Lo mismo puede ser buena ó la mala república que la monarquía. La cuestión no es de forma; sino de fondo. Si la constitucion no se cumple es inútil. Si la libertad es solo para unos cuantos que se apoderan del mando por medio de pronunciamientos, no es libertad; es el dominio tirano y despótico de la fuerza bruta ó animal. Es el derecho sarraceno de ultrajar los de arriba á los de abajo; es la ley del embudo; es la política caribe y desvergonzada. Si un gobierno solo procura sostenerse sin hacer economías, sin amparar en su derecho á todos los ciudadanos, sin defender á los derechos internacionales, sin hacer respetar las creencias de la mayoría, sin ser el primero en respetar las leyes, etc. etc., sera un gobierno impolítico y ruin. Una política sabia, prudente y honrada, no es para medianías ni para los que trabajamos; es para inteligencias de...buena fé. Menos política y más pan; instruccion y paz, es lo que necesitamos. Mas honradez y menos charlatanería.

La Verdad Católica.

LA LECTURA POPULAR.

—(—)

Esta publicacion tiene por objeto difundir gratis entre el pueblo la sana lectura moral y religiosa, presentándola bajo formas amenas y ligeras para que se propague más facilmente.

La suscripcion se hace por acciones, medias acciones, cuartos y octavos de accion.

Cada accion da derecho á recibir cien ejemplares de cada número ó sean doscientos periódicos al mes, que el accionista reparte por sí entre sus criados, colonos, operarios, feligreses, etc., ó manda distribuir por las aldeas, huertas, caserios, fábricas, escuelas, establecimientos penales y otros centros.

PRECIOS DE SUSCRICION DIRECTA.

Una accion.	4 pesetas mensuales
Media id.	2 " "
Un cuartoid.	1 " "
Un octavoid.	0'50 " "

Dirigir la correspondencia á D. Pascual Garcia, administrador de este periódico, Orihuela. Puede hacerse tambien la suscripcion en Madrid en la administracion de *La Semana Católica*, Bolsa 10 y en las demás librerías católicas.

IMP. DE LA LECTURA POPULAR.